

LA LITURGIA DE CRISTO REY¹

Jean-Pierre Longeat, osb²

Un poco de historia

La institución de la fiesta de Cristo Rey por Pío XI (Encíclica *Quas primas* del 11 de diciembre de 1925) se inscribe en un contexto histórico muy particular: el clima general de secularización, de activa laicización, inclusive de ateísmo militante que impera en esos tiempos de forma bastante generalizada en la Europa occidental, pide, por parte del mundo católico, y en una relación de oposición de fuerzas, a veces muy tensa (la defensa de la enseñanza libre), un énfasis particular en la “realeza social” de Cristo, que tiene como corolario el derecho de impronta que la Institución eclesial reivindica sobre las instituciones civiles, sobre la educación de la juventud,

¹ Traducción del artículo: *La liturgie du Christ Roi* publicado en *Liturgie* n° 191, noviembre 2020, pp. 346-358. Versión castellana de la Hna. María Graciela Sufé, osb, Abadía Gaudium Mariae (Córdoba, Argentina). Agradecemos al abad Jean-Pierre Longeat y al P. Jean-Fabrice Delbecq, ocd, de la revista *Liturgie* la autorización concedida para publicar este artículo en *Cuadernos Monásticos*.

² Abad emérito de la Abadía Saint-Martin de Ligugé, Francia; y Presidente de la Alliance Inter-Monastères (AIM).

sobre la cultura en su conjunto: la tonalidad “política”, un tanto polémica, que el oído aguzado de la historia de las mentalidades es capaz de reconocer en el corpus primitivo de los himnos latinos de la fiesta, obra del jesuita Vittorio Genovesi (+ 1967):

<i>Te nationum praesides</i>	Que los gobernantes de las naciones
<i>Honore tollant publico,</i>	te exalten con un culto público;
<i>Collant magistri, iudices,</i>	que todo exprese tu mensaje:
<i>Leges et artes exprimant...</i>	la enseñanza, la justicia, las leyes y las artes...
<i>Submissa regum fulgeant</i>	Que brillen, consagrados a Ti,
<i>Tibi dicata insignia...</i>	los estandartes de los soberanos...

Por aquel entonces se elevaban en alto con entusiasmo los colores y se vivía entre dos armisticios, de los cuales uno, coincidente con el aniversario del tránsito de Martín de Tours, el antiguo soldado, sugería una reconciliación de banderas y pabellones, mientras su conmemoración, en las iglesias, no dejaba de humillar muy buenamente a estos ante los otros. La Acción Católica estaba gestándose.

La Reforma del Misal de 1969

La reforma litúrgica que siguió al Concilio Vaticano II confirma una fiesta que cuenta ya con cuarenta años de existencia, pero, hay que reconocerlo, amplía considerablemente su perspectiva teológica

y acaba de darle toda su estatura en el ciclo de las fiestas dominicales. La modificación está ya suficientemente asegurada por su traslado, desde el último domingo de octubre (su sitio anterior) al último domingo del año litúrgico³, dado que se encuentra a partir de ese momento, respecto al edificio que compone el conjunto del tiempo litúrgico, en una situación absidial: la fiesta de Cristo Rey propone a Cristo Pantocrátor en el horizonte del tiempo, así como muchas basílicas hacen de Él el punto de mira⁴.

Pero la modificación de la oración colecta es también significativa, como se lo puede apreciar mediante la confrontación de las dos composiciones:

Misal de 1962:

Omnipotens sempiternus Deus, que in dilecto Filio tuo, universorum Rege, omnia instaurare voluisti: concede propitius, ut cunctae familiae gentium, peccati vulnere disgregatae, eius suavissimo subdantur imperio.

“Dios todopoderoso y eterno, que quisiste restaurar todas las cosas en tu Hijo amado, Rey del universo, concédenos, te rogamos, que todas las familias de las naciones, disgregadas entre sí por la herida del pecado, se sometan a tu suavísimo imperio”.

³ Agreguemos que la fiesta, antes ubicada en el ciclo santoral (octubre), figura en adelante, con muy buen tino, en el ciclo dominical.

⁴ Esta nueva “orientación” ya estaba estipulada en la instrucción general dada por la Constitución *Sacrosanctum Concilium* del Vaticano II, § 108: “Oriéntese el espíritu de los fieles sobre todo a las fiestas del Señor en las cuales se celebran los misterios de salvación durante el curso del año. Por lo tanto, el ciclo temporal tenga su debido lugar por encima de las fiestas de los santos, de modo que se conmemore convenientemente el ciclo entero del misterio salvífico”.

Misal de 1969:

Omnipotens sempiternae Deus, qui in dilecto Filio tuo, universorum Rege, omnia instaurare voluisti: concede propitius, ut tota creatura, a servitute liberata, tuae maiestati deserviat ac te sine fine collaudet.

“Dios todopoderoso y eterno, que quisiste restaurar todas las cosas por tu amado Hijo, Rey del universo, te rogamos que la creación entera, liberada de la esclavitud del pecado, sirva a tu majestad y te alabe sin fin”.

Si bien la referencia a Ef 1,10, “reunir, restaurar (*instaurare*) todas las cosas en el Hijo amado”, permanece inalterada, la realeza social se ha dilatado en realeza escatológica y cósmica; precisamente, la realeza de la que Pablo llegó a ser el teólogo en las epístolas de la cautividad. Inclusive a través de la expresión de la oración oficial de la Iglesia, hay por lo tanto aquí una proposición más amplia que brinda un poco de aire. Mirada así de nuevo, la solemnidad de Cristo Rey puede apoyarse con firmeza en varios pasajes fundamentales de la Constitución *Lumen Gentium*, entre ellos, éste, del capítulo IV (*Los laicos*), que retoma textualmente el prefacio litúrgico propio de la fiesta:

Cristo, hecho obediente hasta la muerte y por eso exaltado por el Padre (cf. Flp 2,8-9), entró en la gloria de su reino; a Él están sometidas todas las cosas, hasta que Él mismo se someta a su Padre con toda la creación, para que Dios sea todo en todos (cf. 1 Co 15,27-28). Él dio este poder a sus discípulos para que de igual manera ellos se establecieran en la libertad real, para que pudieran arrancar de sí mismos el poder del pecado por medio de su abnegación y la santidad de sus vidas (cf. Rm 6,12), o mucho mejor, para que sirviendo a Cristo también en los demás, pudieran, con humildad y paciencia, conducir a sus hermanos hasta el Rey, a quien servir es reinar. En efecto, el Señor desea extender su reino [...] que es un reino de verdad y de vida, un reino de santidad y de gracia, un reino de justicia, de amor y de paz, un reino donde la

misma creación va a ser liberada de la esclavitud de la corrupción para conocer la gloriosa libertad de los hijos de Dios (cf. Rm 8,21)⁵.

O también el final del capítulo VII (*El carácter escatológico de la Iglesia*) que representa asimismo una especie de ábside, como si la Constitución conciliar abrazara en su misma marcha el curso del año litúrgico:

Porque cuando Cristo aparezca y se verifique la resurrección gloriosa de los muertos, la claridad de Dios iluminará la Ciudad celeste y su lumbrera será el Cordero (cf. Ap 21,24). Entonces toda la Iglesia de los santos, en la suprema felicidad del amor, adorará a Dios y “al Cordero que fue inmolado” (Ap 5,12), aclamando todos a una voz: “Al que está sentado en el Trono y al Cordero: la alabanza, el honor y la gloria y el imperio por los siglos de los siglos” (Ap 5,13-14)⁶.

Cristo Rey y la Navidad

Pero una mirada retrospectiva sobre el conjunto del ciclo litúrgico nos permitirá constatar que el tema teológico de la realeza de Cristo no espera al último domingo del año para declararse. En realidad, tenemos aquí muchísimo más que un simple elemento episódico; tenemos un eje constante y con un notable poder unificador.

A decir verdad, tal como se despliega en el tiempo, la celebración litúrgica del misterio de Cristo se revela en su totalidad como una liturgia real: este carácter, por decirlo de alguna manera,

⁵ CONCILIO VATICANO II, Constitución *Lumen Gentium*, § 36.

⁶ *Ibid.*, § 51.

le es intrínseco. Ella es, considerada en su gesto más habitual y más instintivo, una entronización, así como es, considerada en su lenguaje más corriente, una designación de la realeza del Señor, participada en Trinidad: “Por Jesucristo, nuestro Señor y nuestro Dios, tu Hijo, que reina contigo y el Espíritu Santo...”.

Tal como había sido concebida a comienzos del siglo XX, la fiesta de Cristo Rey venía a completar el estrato históricamente más reciente –en realidad francamente moderno– de las fiestas del ciclo dominical y a formar con ellas una trilogía: como la fiesta del *Corpus Domini* (1264) y la del Sagrado Corazón (1856), representaba –y representa por lo demás siempre– una fiesta de carácter prioritariamente “temático, a diferencia de las fiestas más antiguas que asocian estrechamente la expresión de grandes ideas religiosas”⁷ a la conmemoración de los acontecimientos mayores de la gesta salvífica de Cristo⁸. Precisamente por haber percibido a la nueva fiesta como una duplicación teológica con respecto a las grandes solemnidades fundamentales que ponen en evidencia el señorío de Cristo, la abadía de Solesmes, en desacuerdo con Pío XI, puso poco entusiasmo en emprender la composición de una misa propia. Para “manifestar” y para indicar de un modo un poco ostentoso a los promotores de la fiesta, que su innovación no dejaba de ser más que una inútil repetición de la Navidad y de la Epifanía,

⁷ Sobre las “fiestas con ideas” en la Antigüedad cristiana, ver las páginas siempre fundamentales de A. BAUMSTARK, *Liturgie comparée*, Chevetogne, 1953, pp. 162-186.

⁸ Sin embargo, no es preciso decir que, aun siendo una fiesta temática, la fiesta de Cristo Rey no por eso hace menos honor a toda la dimensión soteriológica –dicho de otra manera, pascual– de la realeza de Cristo.

Dom René de Sainte-Beuve (1858-1933), principal colaborador de Dom Mocquereau, tomó prestado, del repertorio de ese período, el patrón melódico de numerosas piezas: ¡una lección de liturgia dispensada a través de la composición musical misma!

Y como respuesta a las críticas formuladas por los estetas contra la incansable producción de piezas nuevas, Dom Gajard escribía:

Muchas de sus composiciones son de una muy feliz inspiración. Incluso algunos de sus Oficios en su totalidad, no están lejos de ser verdaderas obras maestras, como testimonia su admirable Oficio de Cristo Rey, de un ímpetu y de una firmeza muy antiguos. No veo qué podría citarse más logrado en toda la literatura gregoriana contemporánea⁹.

Sigue siendo cierto que la multiplicidad de resonancias del repertorio de Navidad que ofrecen las piezas de este último domingo del ciclo litúrgico, da al oído la sensación –al menos musical– de una inclinación anticipada hacia los paisajes sonoros del Adviento, ya muy próximo, y de la Navidad que se avecina.

Leccionario

El leccionario de esta solemnidad ofrece también diversos acentos.

El Año A evoca la realeza de Cristo al final de los tiempos con la escena del discernimiento final. El Año B pone el acento en el Cordero inmolado con el hermoso texto introductorio del

⁹ Dom J. GAJARD, “Dom de Sainte-Beuve”, *Revue Grégorienne*, 18, 1933, p. 213. La obra principal de Dom de Sainte-Beuve consistió en las composiciones realizadas por sus propios diocesanos; estas últimas nacían en el entusiasmo general que hacía adherir entonces a la reforma gregoriana ordenada por Pío X.

Apocalipsis de san Juan, y el Año C presenta a Cristo Rey como el crucificado que abre para todos el Reino del amor.

Cristo Rey Pastor

El capítulo 25 del Evangelio según Mateo es una puesta en escena del Juicio final presidido por Cristo, pastor. El relato de esta escena cierra su último discurso. Pone el acento en la única dimensión que importa a los ojos de Dios: el triunfo del amor. “Porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; era forastero, y me hospedaron; estaba desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; preso, y vinieron a verme... En verdad les digo que en cuanto lo hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí lo hicieron”. Ésta es la enseñanza fundamental del Reino de los cielos.

Ante todo, consideremos a Cristo. Se presenta a nosotros como un Rey pobre, alguien que tiene hambre, que tiene sed, que es un forastero, está desnudo, enfermo, prisionero. Se nos viene a la memoria aquí la afirmación de san Pablo: *Cristo, siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza*. El retrato de Jesús en los Evangelios asimila a Jesús a los pobres de las Bienaventuranzas, así como algunas profecías anunciaban ya al Mesías como al Siervo muy amado de Dios, manso y humilde de corazón, que no grita en los lugares públicos, que no levanta el tono, sino que viene a hablar al corazón de cada persona y especialmente al corazón de los enfermos, de los pecadores, hasta llegar a compartir con ellos su condición y ser rechazado por todos como un malhechor crucificado.

No obstante, en el crisol de esta experiencia humana, Cristo nos enseña a pronunciar un sí radical que da paso a la fuerza del amor

que vive para siempre. Con esto, Él salva a todos los hombres en la medida en que aceptan compartir este sí de un amor infinito.

Así ha de ser para los que quieren entrar en este reino tras las huellas de Jesús. Cada discípulo está llamado a hacerse semejante al pobre. Como Jesús, el discípulo no busca acaparar su bien; por el contrario, él lo comparte de tal manera que se pone en pie de igualdad con quien se une. El discípulo reconoce que todo viene de Dios y que todo vuelve a Dios y, en este camino, no quiere retener nada para sí mismo. Al obrar de ese modo, intenta vivir la gran Pascua de Cristo que es el lugar máximo del compartir. *Cristo Jesús, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz. Por eso, Dios lo exaltó y le dio el Nombre que está sobre todo nombre, para que, al nombre de Jesús, se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos, y toda lengua proclame para gloria de Dios Padre: “Jesucristo es el Señor” (Flp 2,6-11).*

Cordero real

Cristo, Cordero inmolado, muerto y resucitado por nosotros al tercer día según las Escrituras, recibirá en efecto poder, riqueza, sabiduría, fuerza, honor, gloria y alabanza; dominará desde un mar al otro hasta las extremidades de la tierra, delante de Él se postrarán todos los reyes. Su realeza jamás será destruida, recibirá las naciones por herencia y la extensión de la Tierra por dominio; el Señor del universo mantendrá el trono como rey para siempre; bendecirá a su pueblo proporcionándole la Paz. Es lo que nosotros creemos.

Feliz, como dice la introducción del Libro del *Apocalipsis*, el que lea, y felices los que escuchen las palabras de esta profecía, porque el tiempo está cerca. Sin embargo, podemos imaginar cuán difícil había podido ser para los discípulos, para las innumerables multitudes que lo habían seguido, y lo veían comparecer ante Pilato, el llegar a creer que Jesús, humillado, injustamente condenado a muerte, pudiera ser este Rey que acabamos de describir.

Nosotros mismos, ¿acaso confirmamos todo el camino recorrido por Jesús, aceptamos a nuestro Dios tal como se presenta a nuestros ojos, como alguien que no busca ni el poder, ni la dominación, ni mucho menos la posesión, sino alguien cuya esencia misma es la humildad, la mansedumbre, la paciencia?

“Mi realeza no es de este mundo. Si mi realeza fuera de este mundo, los que están a mi servicio habrían combatido para que yo no fuera entregado a los judíos. [...] Para esto he nacido y he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. El que es de la verdad, escucha mi voz” (Jn 18,36. 37).

Muy al comienzo de su predicación, Jesús había proclamado: “Conviértanse, el Reino de Dios está cerca”. En ese momento es cuando, según el relato de Mateo, se produce el llamado de los primeros discípulos y sigue el relato de las Bienaventuranzas, que Jesús enseña a la multitud.

La realeza de Jesús es a su imagen, ella es imagen de los Pobres de corazón, de los mansos, de los que lloran, de los que tienen hambre y sed de justicia, de los misericordiosos, de los puros de corazón, de los que trabajan por la paz, de los que son perseguidos a causa de la justicia, de los que son insultados, perseguidos y calumniados con toda clase de males por causa de Cristo. Este Cristo es precisamente el camino, la verdad y la vida. Es el Rey de la vida.

Si Jesús es precisamente Aquel que dice la verdad y cuya voz es necesario escuchar y seguir su camino hasta el final, hay otro camino del que es necesario apartarse absolutamente; hay un camino del que tenemos que huir absolutamente, ese camino que algunas veces tomamos –es el precio de nuestra libertad–, el camino de la mentira, del error, de la ilusión.

Aquel que dijo un día a Jesús: “*Si tú eres Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes*” y también: “*Si tú eres Hijo de Dios, tírate abajo*” y finalmente: “*Te daré todo esto, si te postras para adorarme*” (Mt 4,3. 18), ese tal no dice la verdad. Ése es la nada, la contra verdad, la muerte. Él es el Príncipe de las tinieblas.

En la novela de Dostoievski, *Los hermanos Karamazov*, en el capítulo titulado “El Gran Inquisidor”, el escritor coloca a Jesús en la España de la Inquisición del siglo XVI. El gran Inquisidor hace detener a Jesús, lo encarcela y llega unos días después para preguntarle por qué, antes, en el día de la Tentación, Jesús no aceptó las diferentes propuestas del “Espíritu terrible y profundo, el Espíritu de destrucción y de la nada”, como lo nombra, para imponer la servidumbre a los seres humanos. ¿Por qué Jesús no aprovechó que era el Hijo de Dios para poseer todo? Pero Jesús, como lo había hecho delante de Pilato, quien lo había interrogado para saber de dónde era Él, no responde.

A esto es a lo que nos invita la fiesta de Cristo Rey: esta fiesta nos permite comprender que la victoria de nuestro Dios nunca se impone a los hombres, que el único modelo que hay que seguir para que seamos verdaderamente libres es el de Cristo pobre, humilde y obediente. Todos estos textos, todos estos cantos, existen para que, en lo más profundo de nosotros mismos, aceptemos transformar

todos nuestros deseos de poder, de dominación, en la fuerza de la caridad, de la humildad, del amor y de la paz. A esto es a lo que llama conversión.

La fiesta de Cristo Rey nos invita a desear que nuestra humanidad, herida por tantas llagas, recupere la esperanza y pueda reconocer a Aquel que es capaz de conducirla a la verdadera Vida en el Reino del amor.

Cristo, Rey crucificado

En la liturgia actual, los textos subrayan el carácter real del Mesías en el momento en que es elevado a la Cruz, sin que sea posible ninguna ambigüedad más sobre el tipo de mesianismo del que está investido.

Para el año C, por ejemplo, el episodio relatado no es otro sino el de la crucifixión en el Calvario a la que asisten los dirigentes del pueblo, los soldados y la multitud.

En primer lugar, *los dirigentes del pueblo* evocan la declaración en el proceso religioso hecho a Jesús cuando compareció ante el Sanedrín: este hombre dice ser el Mesías, el Hijo de Dios. Ellos constatan que el camino seguido por Jesús no lleva a ninguna parte. Si es profeta de Dios, Dios cuidará de Él. Pero Dios, abandonándolo, confirma el juicio. La Ley tenía razón: la muerte de Jesús enrola efectivamente a Jesús entre los blasfemadores. Sin embargo, todo en Jesús tenía el aire del profeta: las palabras, la conducta, hasta los milagros. Todo en él socavaba la organización por siglos de la religión y hacía estallar la imagen por entonces recibida de Dios. La manera de vivir de Jesús había bastado para que cada uno percibiera el brusco cambio impuesto a las viejas seguridades religiosas. Los

dirigentes del pueblo no podían aceptar este desafío sin abandonar una parte de lo que constituían sus convicciones. El camino que lleva al hombre a Dios según Jesús era tan diferente que les pareció impensable que este hombre no fuera un falso mesías.

En segundo lugar, *los soldados*. Ellos utilizan la denominación del proceso civil, cuando Jesús compareció ante Pilato: el rey de los judíos. La realeza de Jesús provoca insultos y burlas, pues ella no está fundamentada en el prestigio de la gloria humana, sino que proviene del Padre, siguiendo el camino que escogió: la pobreza, el fracaso y finalmente la cruz. En un mundo que no es fundamentalmente diferente al nuestro, penetrado de violencias y de miedos, ávido también de posesión y de poder, Jesús abre un camino tan singular que nadie puede dar con él. No responde a los deseos impacientes de los hombres, pero invita a cada uno a emprender el largo camino de la libertad y de la justicia. Un camino difícil, si lo hay. Es el camino de las bienaventuranzas, el camino del Reino, el único camino que conduce al hombre a su verdadera realización.

En tercer lugar, viene *uno de los malhechores*, el que corrientemente se llama “el ladrón malo”. Tampoco él teme insultar a Jesús. Pide que Jesús lo salve, es decir, que lo saque de su condición insoportable de crucificado. Quiere escapar del hambre, del sufrimiento y de la muerte. Pero Dios nos enseña a no esquivar la realidad humana, sino por el contrario, a adherirnos a ella plenamente, a concederle una atención profunda, a vivirla en toda su densidad a través de las mediaciones. Se trata para nosotros de comulgar con Cristo a través del sufrimiento y la opacidad de la muerte aceptados en la fe.

Este triple escarnio de Jesús por parte de los dirigentes del pueblo, los soldados y uno de los malhechores, no ocurre sin evocar

la triple tentación al comienzo de la vida pública (Lc 4,1-13). “Si tú eres Hijo de Dios...” Se vuelven a encontrar los mismos acentos para que Jesús saque provecho de su filiación, para que imponga a todos una imagen falsa de Dios, del hombre y de la fe.

El pueblo se mantenía a distancia. Ya no es más la muchedumbre entusiasta de la entrada de Jesús en Jerusalén y tampoco es la multitud que regresa golpeándose el pecho. Es el pueblo de los humildes, de los que esperaban la restauración de Israel, pero que se encuentran una vez más decepcionados. Este pueblo contempla a Jesús en silencio. Tal vez se pregunta, como ese prisionero de Auschwitz unos dos mil años después frente a un adolescente colgado en el campo: “¿Dónde está Dios? ¿Dónde está?”. Dios está aquí, colgado en el patíbulo. Es el Dios crucificado, escándalo para los judíos, locura para los paganos, pero fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Así como el desprecio de los dirigentes del pueblo y de los soldados es llevado al colmo por uno de los malhechores, de la misma manera, el silencio respetuoso del pueblo que contempla a distancia, desemboca en oración en los labios del segundo malhechor, el que la historia llamó “el buen ladrón”. El contraste entre los dos ladrones que rodean a Jesús es claro. De un lado está el que, negándose a creer, se explaya en injurias; del otro, el que llega a la fe por la conversión.

Dado que el buen ladrón se reconoce pecador, él no busca eludir el pasar por la Cruz. Va a vivir en adelante con Jesús en el hoy de Dios, en su Reino. Se dirige a Él utilizando solamente su nombre, “Jesús”, sin agregarle nada más. No lo llama “Jesús Nazareno” como los demonios de Cafarnaúm (Lc 4,34), ni “Jesús, Hijo de Dios” como el endemoniado de Gerasa (Lc 8,28), tampoco “Jesús, maestro”

como los diez leprosos (Lc 17,13) o “Jesús, hijo de David” como el ciego de Jericó (Lc 18,38). El buen ladrón al decir simplemente “Jesús”, manifiesta su intimidad con el Salvador, su fe total. Sólo Él está verdaderamente con él. Y él va a estar “hoy mismo con Él en el paraíso”. El Reino de Dios está abierto a los que aceptan vivir tras las huellas de Cristo en la desnudez de la fe y en la práctica del amor.

Cristo Rey nos permite obtener una victoria, la del Bien sobre el Mal, de la justicia sobre la injusticia, del amor sobre el odio, de la paz sobre la guerra. *El Señor se sienta como rey eterno, el Señor da fuerza a su pueblo, el Señor bendice a su pueblo con la paz* (Sal 28,10b-11) como se canta en el momento de la comunión.

Es así como se termina la Historia, el final feliz de nuestra historia para todos.

*Abbaye Saint-Martin
86240 Ligugé. Francia*